
González Cañete, Diego, *La hora del pueblo. Historia intelectual de la democracia en Chile (1945-1965)*, Santiago de Chile, Instituto de Estudios de la Sociedad, 2024, 356p. ISBN: 978-956-8639-58-7. 22,33€ 

Introducción. PARTE PRIMERA: LA HISTORIA INCONTENIBLE. 1. Una posguerra justa y popular: el comunismo hacia 1945. 2. Años de proscripción: el PC y la democracia chilena. 3. La revolución después de Cuba. 4. Una década de pensamiento socialista en Chile. 5. Inevitable: revolución y socialismo en el albor de los sesenta. 6. El socialismo democrático en Eugenio González Rojas. PARTE SEGUNDA: LA CIUDAD FUTURA. 1. Política y Espíritu, julio de 1945. 2. ¿Qué es una democracia cristiana? 3. El socialcristianismo y la Guerra Fría. 4. Cerca de la revolución. 5. Ir al pueblo: política popular y vanguardia en Jaime Castillo Velasco. 6. ¿Una revolución cristiana? En torno a la revista Mensaje. PARTE TERCERA: EL CREPÚSCULO DE LA HISTORIA. 1. Una democracia de señores: Estudios en la posguerra. 2. Los antimodernos: el progreso y sus críticos chilenos. 3. *Finis Terrae* ante la revolución. 4. ¿Qué democracia? La posguerra paralela de Jaime Eyzaguirre y Osvaldo Lira. 5. Afirmación chilena, democracia portaliana. Epílogo. *Anexo bibliográfico. Fuentes primarias.*

En este libro, fruto de su tesis doctoral, Diego González Cañete busca conocer e interpretar las claves conceptuales del desarrollo político intelectual de Chile durante el siglo XX y cómo diversos grupos políticos e intelectuales articularon sus proyectos en torno a un «equivoco» concepto de democracia (p. 19). En esta ocasión los protagonistas son las izquierdas marxistas, los corporativistas de izquierda devenidos en Democracia Cristiana, y los corporativistas de derecha, también llamados nacionalistas.

Si un cuarto de siglo atrás Arturo Fontaine resumía el período entre 1964 y 1973 proponiendo que «todos querían la revolución», el trabajo de Diego González bien podría resumirse diciendo que en el período inmediatamente anterior (1945-1965) para el autor «todos querían la democracia» o, más bien, «una» democracia. González demuestra lúcidamente al comienzo del libro (pp. 15-20) el que sería uno de los principales aciertos de su obra: durante el siglo XX, prácticamente todos los sectores críticos de la democracia liberal proponían una noción alternativa de democracia, ya sea la democracia popular, la democracia cristiana o la democracia orgánica. Por eso, el gran ausente del libro es la democracia liberal. O, más bien, su presencia se encuentra latente a lo largo de sus páginas. Como resume el autor, «*democracia*, en la época moderna, ha designado regímenes y movimientos diferentes e incluso contrapuestos entre sí» (p. 17) y, naturalmente, «contrapuestos» al de democracia liberal.

La razón la da un poco más adelante: el libro trata de cómo los diversos grupos seleccionados intentaron contestar «la pregunta por el pueblo» (p. 20). Porque, siguiendo a Pierre Rossanvallon, González asevera que «[e]l pueblo, en tanto principio, interroga el contenido y la historia de la democracia en su conjunto; es baremo tanto de su sentido como de su promesa». Porque democracia, en su sentido originario, es el régimen que requiere de la participación del pueblo para su adecuado funcionamiento. Y esa «pregunta», como bien narra el autor, puede tener respuestas «polisémica[s]» (pp. 15 y 19).



Esta breve reflexión nos permite comprender el registro en que se mueve el joven historiador. Como él mismo asevera, la historia intelectual trabaja la evolución en el tiempo de conceptos propios de la filosofía o teoría política (pp. 20 y 26-27). Con esa aclaración previa, podemos sintetizar las tres «respuestas» seleccionadas por González a la citada «pregunta» de qué es la democracia y cuál es su sujeto —el pueblo—: la propuesta de la izquierda chilena, tanto socialista como comunista (II.), el proyecto intelectual y político demócratacristiano (III.) y la respuesta del tradicionalismo hispanista (IV.). Y recurre a una batería de fuentes *ad hoc*: «publicaciones periódicas, libros y ensayos» de los citados grupos, poniendo «especial atención a las revistas teóricas y programáticas asociadas a un partido o sensibilidad política e intelectual, además de otros documentos como panfletos y declaraciones», por lo que buscó «exponer el núcleo y la perspectiva de las publicaciones y personajes» (p. 26).

El primer protagonista elegido por Diego González tendrá en su subconsciente muy prístinamente el concepto de democracia. El Partido Comunista de Chile (PCCh), considerado uno de los más leales a Moscú (p. 55) durante la Guerra Fría (1947-1991), sería proscrito prácticamente al comenzar esta historia. La Ley de Defensa Permanente de la Democracia, llamada por sus detractores hasta nuestros días «Ley Maldita», fue promulgada por el Presidente Gabriel González Videla (1946-1952), militante del Partido Radical y electo por una coalición integrada por la agrupación que dicha norma sacaría de la legalidad y autorizaría la persecución de sus militantes hasta 1958, año en que es derogada por el Presidente Carlos Ibáñez del Campo (1952-1958), otrora dictador (1927-1931).

Justamente, dicho contexto será el tema del segundo ensayo de la primera parte, donde el autor reflexionará sobre la relación del PC con la democracia, tanto en Chile como en el resto del mundo. En esa línea, abordará la derogación de la «Ley Maldita» como un objetivo irrenunciable del PC, la política de alianzas de la agrupación marxista leninista, su visión del proceso de «desestalinización» (pp. 56-57) o las «reformas perentorias» propuestas en el X Congreso del partido «para una ampliación de la democracia» (p. 51). También, abordará las experiencias comunistas en otros países, porque «el modelo de democracia perseguido por los comunistas chilenos, es necesario subrayarlo, se encontraba allende la Cortina de Hierro, no en Occidente» (p. 54), relevando a la Unión Soviética, China o Alemania Oriental, como ejemplos de países que encarnaban «[e]l partido, el pueblo, la democracia y la historia», «una unidad de sentido, proyectada históricamente hacia el futuro» (p. 55).

El centro de gravedad de la izquierda chilena, después de la Revolución Cubana (1959), pasará del Partido Comunista al Socialista, que optaría, como en el resto de Latinoamérica, por la lucha armada. La epopeya de los hermanos Castro inspirará el tercero de los ensayos, mientras que la evolución del socialismo chileno será el tema de los ensayos cuarto y quinto dedicados a la izquierda. A diferencia del partido fundado por Luis Emilio Recabarren en 1912 como Obrero Socialista y que en 1922 tomaría el nombre de Comunista en honor de su símil soviético, el Partido Socialista desde 1933 tendrá una impronta claramente latinoamericana.

El segundo grupo que trabaja González en *La hora del pueblo* es el socialcristianismo de izquierdas, que ya abordará en su tesis de magíster. Esta segunda

parte del libro bien puede considerarse una continuación de *Una revolución del espíritu*. De hecho, en el primer ensayo toma explícitamente la posta de su libro anterior, exponiendo cómo «la revista *Política y Espíritu* quiso continuar» con el «trabajo de reflexión y asiento de una particular sensibilidad» que una década antes harían los promotores de *Lircay*, *Falange* y *Estudios*, «aunque con un entusiasmo renovado y otra clase de desafíos inmediatos» (p. 127).

Será durante esos años que la Falange Nacional —ya separada del Partido Conservador que la vio nacer (pp. 145-146)—, corporativista en sus orígenes, vivirá una transición ideológica hacia el democristianismo, de la mano de intelectuales como Jacques Maritain (pp. 141 y 147) y siguiendo el ejemplo de los partidos demócratacristianos de Europa como el italiano o el alemán (pp. 137-138). Justamente, en el segundo de los ensayos de esta parte, González tratará «la posibilidad de una *democracia cristiana*» (p. 135), nombre que tomará la agrupación socialcristiana en 1957.

«Con todo, la opción del socialcristianismo por la democracia no reflejaría, simplemente, una aceptación del estado de cosas en la política contemporánea» (p. 168). De hecho, tanto en sus inicios como Juventud Conservadora como cuando ya se constituyó como Partido Demócrata Cristiano (PDC), el socialcristianismo chileno tomará partido por la revolución, pero no la marxista, sino que «del espíritu» en un primer momento y «en libertad» en el clímax de la Guerra Fría chilena. Será ese eslogan el que llevará a uno de sus principales líderes, Eduardo Frei Montalva, a la Presidencia de la República en 1964, con un programa reformista —o, mejor dicho, revolucionario— que incluía un paquete de propuestas como la reforma agraria, la «chilenización» del cobre y su «nacionalización pactada» o la «promoción popular», que serán en cierta medida la antesala del Gobierno de la Unidad Popular (1970-1973).

Como bien demuestra González en *Una revolución del espíritu*, no todos los socialcristianos chilenos siguieron el itinerario doctrinal desde la Falange Nacional a la Democracia Cristiana. Algunos ni siquiera militaron en la Juventud del Partido Conservador. Uno de ellos, el historiador Jaime Eyzaguirre Gutiérrez (1908-1968), desde la revista *Estudios* seguirá difundiendo las ideas corporativistas e hispanistas hasta su muerte. A diferencia de los fundadores de la Falange, Eyzaguirre seguirá el ejemplo de España (pp. 241-244), que por esos años de la mano de Francisco Franco articulaba un régimen que se denominó «democracia orgánica», llamada «de señores» por los autores de *Estudios* y «portalana» por los de *Estanquero*.

Al otro lado del Atlántico y de la Cordillera de Los Andes, los autores de *Estudios*, *Finis Terrae* y *Estanquero* aspiraban, como los impulsores de *Lircay* de una década antes, a la vertebración del organicismo político con el sistema portaliano chileno, inspirado en la obra del ministro Diego Portales y Palazuelos (1793-1837) y sustentado en la autoridad presidencial. De esta manera, junto a la «querella conceptual, que sintetizaba lo medular de una visión corporativista del orden social para nada infrecuente en los círculos católicos de entonces», en *Estudios* «el sistema político moderno es evaluado históricamente, en particular en lo que se refiere a su implantación en las excolonias españolas en América», de manera que «la democracia liberal es juzgada por la artificialidad de sus ideales», cuya «fragilidad» pondría en entredicho su capacidad de construir una «armonía social e integración social verdadera» (p. 233).



Universidad
de Navarra

FAULTAD DE
FILOSOFIA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA
DEL ARTE
Y GEOGRAFIA

Llama la atención que el período abarcado por el libro concluya en 1965. Justamente, uno de los principales discípulos y colegas de los intelectuales abordados por González en la tercera parte, y que hará que las ideas corporativistas permanezcan hasta bien entrados los años 70, Jaime Guzmán Errázuriz (1946-1991), comenzó su andadura política en dicho año, con la creación del Movimiento Gremial de la Universidad Católica. De hecho, esta derecha se moverá al margen de la derecha tradicional, justamente hasta que Guzmán las hiciera converger en un mismo proyecto político primero durante la segunda campaña de Jorge Alessandri (1970) y más tarde durante el régimen militar (1973-1990).

La reciente publicación de *La hora del pueblo* por parte de Diego González Cañete es un aporte crucial a la, en sus palabras, «historia intelectual de la democracia en Chile». Como ya mostró magistralmente en *Una revolución del espíritu*, su obra es capaz de mostrarnos el bosque de la historia del siglo XX chileno extrayendo las matrices de algunos de sus árboles, incluso laterales, y desafiando los paradigmas establecidos por la historiografía tradicional y abordando y tópicos que esta pasa muchas veces por alto. Para eso recurre a la historia intelectual, versión contemporánea de la historia de las ideas, que ofrece una mirada interdisciplinaria entre lo histórico y filosófico político para comprender el pasado.

No contentándose con ese mérito, González Cañete combina buena pluma con densidad y profundidad de argumentos, ofreciendo un libro de lectura rápida pero no por eso ligera. A diferencia de su anterior libro, en esta ocasión (p. 26) se simplificó contundentemente el aparato bibliográfico citado en la tesis doctoral que es base de este trabajo, reduciendo las notas a pie de página y los excursos metodológicos. Esta decisión editorial, comprensible en un libro que aspira a «acercar el tema y sus alcances a un público más amplio al ya interesado en la historia académica», ha privado a los lectores de los debates intelectuales en la historiografía nacional e internacional que permiten que libros como los de González Cañete puedan desafiar los conceptos ya instituidos en la reflexión histórica previa.

Con todo, esperamos que ambas obras de Diego González Cañete, integrante de una promisoriosa generación de historiadores, se conviertan tarde o temprano en clásicos de la historiografía chilena del siglo XXI. Su lúcida y novedosa interpretación de la historia política nacional es una inspiración para quienes queremos investigar estos temas desde una aproximación interdisciplinaria que, como la de González Cañete, permita comprender integralmente el pasado reciente de Chile.

Diego González Cañete, doctor en historia por la Universidad Libre de Berlín, centra su investigación en la historia intelectual y política de Chile, América Latina y Europa en los siglos XIX y XX. Es autor de *Una revolución del espíritu. Política y esperanza en Frej, Eyzaguirre y Góngora en los años de entreguerras* (2018), además de coautor de *Mario Góngora: el diálogo continúa... once reflexiones sobre su obra* (2017).

José Tomás Hargous Fuentes
Universidad Gabriela Mistral (Chile)

 <https://orcid.org/0009-0002-8157-4630>

